

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Corazones tiernos.



—Me parece que anoche me miró con buenos ojos en la reunión de las de Verduguillo. ¡Claro! ¡Sería la primera que hubiera podido resistir mis décimas «A unos labios»!

SUMARIO

Texto: De todo un poco, por Luis Taboada.—Honrar á los difuntos, por Juan Pérez Zúñiga.—Madre de quien no la tiene, por Ángel R. Chaves.—El tren 18, por Emilio S. Pastor.—Á una bicicleta, por Felipe Pérez y González.—Guitarra vieja y cuerdas nuevas, por Fiacro Yrázoz.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Corazoncitos tiernos.—Romanticismo trasnochado.—El día triste (cuatro viñetas).—El tren 18 (cuatro viñetas).—El Tenorio barato, por Cilla.

DE TODO UN POCO.

Cuesta más trabajo vender un libro en este país que llegar á ser ministro de la corona.

Así es que Manolo Matoses y Ángel Rodríguez Chaves, autores respectivamente de *Aleluyas finas* y *Cuentos nacionales*, al vender sus libros como los están vendiendo con verdadera profusión, vienen á demostrar que son dos excelentes escritores y que el público busca sus obras con afán.

En cambio, salen por ahí una porción de caballeros publicando obras trascendentales, como ellos dicen, y á los dos años de haber salido á luz, vense en la dura necesidad de tener que venderlas al peso, como el lomo.

Felicito cordialmente á Matoses y á Chaves por el excelente éxito que han obtenido sus obras.

También Serafin Ombiguete ha publicado un libro, porque la manía de «dar á luz» se va extendiendo de una manera alarmante.

Serafin, alentado por su mamá, que le tiene por un genio maravilloso, publicó hace tres años su primera obra. Él siempre ha sido vanidoso, pero desde que se hizo publicista, cualquiera le aguanta.

—¿Tienes muchos pedidos?—le preguntaban.

—¿Que si tengo? ¡Una barbaridad!—contestaba él dándose tono.—Aun ayer estuvo en casa una señora, amiga de mi madre, y me dijo que probablemente me pedirá ocho ó nueve para remitir á Filipinas, donde tiene un hijo misionero. Anteanoche, en Apolo, mientras hacían el *Chateau Margaux*, vino San Martín, el librero, á decirme que tal vez me tomé seis ejemplares.—¡Hombre!—le dije—déjeme usted oír el vals;—pero él no se fijaba en la música, ni en nada, y tuve que prometerle solemnemente reservarle la media docena.

—¡Qué suerte!

—Hombre, sí; no puedo quejarme. La verdad es que había cierto empeño en el público por que yo escribiese un libro, y ya me han pedido el retrato para *La Guita Sonora*, de Puente Genil.

Serafin dió á luz su libro y se fué derecho á las librerías.

—Servidor de usted, Sr. Ruiz.

—Beso á usted la mano—contestó el dueño de la librería Gutenberg.

—Yo soy Serafin Ombiguete de la Chumacera. Supongo que conocerá usted mi nombre.

—No, señor.

—¿Que no? ¡Parece mentira! Pues bien, he publicado un libro que se titula *Ecos de un corazón envenenado*. Aquí está (y sacó el libro que llevaba envuelto en un periódico). ¿Cuántos ejemplares «necesita» usted?

—Hombre, la verdad, no me mande usted ninguno.

—¿Ninguno? Permita usted que me asombre.

—Bueno; pues tráigame usted seis ejemplares en comisión.

—¿Qué quiere decir eso?

—En comisión quiere decir que tendré aquí los seis tomos, y á medida que los vaya despachando irá usted recibiendo su importe, deducida mi comisión.

El pobre Serafin experimentó un desengaño horrible; pero no tuvo más remedio que reprimir su mal humor, y fué depositando ejemplares en las librerías, á la espera de los correspondientes rendimientos.

Todas las mañanas salía de su domicilio con objeto de reco-

rrer los escaparates y contemplar su obra. De pie, en la acera, esperaba que apareciese un comprador misericordioso, y en cuanto veía salir alguno con un libro en la mano, clavaba en él sus ojos y le seguía de cerca hasta poder leer el título de la obra.

¡Estéril afán! Nadie compraba los *Ecos de un corazón envenenado*; pero no era cosa de que Serafin comunicara al mundo este mal éxito. Antes, por el contrario, entraba todos los días en el café diciendo:

—Pues, señor, lo que yo me figuraba. El libro se vende como pan bendito.

—¿Sí?

—Esta mañana un senador del reino se llevó el solo quince ejemplares. Yo creo que deban ser para repartir entre sus electores más instruidos.

La mamá del poeta no cabía en sí de puro gozo desde que el hijo de su corazón había dado á luz los *Ecos*; y en el paseo, en el teatro, en la iglesia, en todas partes, sacaba la conversación del libro, á fin de que supiera el mundo entero que ella había llevado en sus entrañas al poeta famoso.

—¿Qué día tan triste!—decía buscando un pretexto para hablar de su asunto.—En días así, lo mejor es quedarse en casa con un buen libro. Ha publicado mi Serafin un tomo preciosísimo... *Ecos de un corazón*... ¡Qué manera de vender!

La prensa permanecía silenciosa respecto de la aparición del libro y Serafin recorría las redacciones preguntando:

—¿No han recibido ustedes mis *Ecos*?

—Los ecos... los ecos; no hago memoria.

—Pues yo he enviado dos ejemplares á cada periódico y además uno para el portero por si quiere entretenerse.

—Aquí no hemos recibido nada, pero le haremos á usted un suelto expresivo.

El suelto no salía y Serafin comenzaba á perder las ilusiones y á maldecir á esta sociedad grosera, que no lee versos ni se postra ante los favoritos de las musas.

Una mañana Serafin entró en una librería con el ánimo preocupado y la mirada triste.

—¿Qué hay!—preguntó al librero.

—Buena noticia—dijo éste.

—¿Cómo?

—He vendido un ejemplar de los *Ecos*.

El corazón de Serafin latió con violencia.

—¡Por fin!—exclamó lleno de júbilo.

—Ha venido á comprarlo una señora rubia, con lentes, y un lunar de pelo junto á la barba...

—¡Mi mamá!—dijo Serafin dejándose caer sobre el librero.

Luis Calçada.

HONRAR Á LOS DIFUNTOS (1)

El día de los Difuntos no dejan los madrileños de ir á visitar las tumbas en que yacen los que fueron. Llevan pena en los bolsillos y castañas en el pecho (según dice uno que tiene puesto al revés el cerebro) y hasta hay quien, si allí no baila, solamente es por el miedo de sacar de sus casillas á más de cuatro esqueletos. Yo también me dije: «Vaya, voy á echar la tarde á muertos». Lo hice así... y ahí van los datos que saqué del cementerio: Concurrencia numerosa. Ante el rico mausoleo que han levantado al difunto Vizconde de Vientreameno descuello un grupo de hachones, únicos seres que ardiendo lloran á moco tendido delante del *interfecto*. Más allá suspira y gime junto á un nicho un bulto negro. El tal bulto es una viuda que tiene empapado el velo

de llorar por el que padre; y el que padre es don Cornelio Capirote, según reza la lápida que le han puesto. De vez en cuando la viuda despabila con los dedos las velas, y da un suspiro que tarasca los candeleros. ¡Quién dirá que por las noches va la pobre á Recoletos y se pasea del brazo de un capitán de ingenieros! En galerías distintas y en patios nuevos y viejos hay lápidas primorosas con epitafios poéticos. Yo he visto que algunas gentes lloraban delante de ellos, y luego he sabido que era por lo malo de los versos. Hay muchos nichos en donde reposan niños pequeños. Sus padres los han llenado de chirimollos. Recuerdo que en uno hay dos angelitos, un escuadrón de lanceros, un carro de la basura, un acordeón y un horrego.

(1) Del libro en preparación *Entusiasmos póstumos*.

¿Quién, por mármoro que sea,
no se conmueve al ver esto?
¿Quién no llora? Solamente
quien lleve dentro del pecho
un almírex en el sitio
del corazón. Por supuesto
que nada debe extrañarse
lo de los niños, pues cierto
nicho en donde un magistrado
está echando el postrer sueño
contiene siete coronas,
cuatro geranios de hierro,
tres cotorras disecadas,
un crucifijo, un salero,
dos babuchas y tres pares
de banderillas de fuego.
Al salir detuve el paso
ante el nicho de Indalecio

(un ladrón de siete suelas
que con el sudor ajeno
puso una tienda de vinos
frente á casa) y sufrí viendo
lo fea que es la corona
que su viudita le ha puesto,
de pensamientos cortados
por ella de terciopelo
con manchas de vino tinto,
muy lacios y muy mal hechos.
Y sé que, al quedarse solos
en sus guaridas los muertos,
al del nicho colindante
le dice el pobre Indalecio:
«Mire usted que es fuerte cosa,
mi querido compañero!
¡Ni aun aquí he de verme libre
de los malos pensamientos!»

Juan Pérez Sainza.

*

MADRE DE QUIÉN NO LA TIENE

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

En la venta de los Sorbos
entró Marica la Torda,
pronuncia del pecado,
protonotaria de tringas.
La faz muestra demudada,
el habla entre tarda y coja,
que rostro y voz la tras mudan
no sé si el vino ó la cólera.
En juboncillo se viene,
por gala una saya rota,
chancas en vez de chapines,
la caspa por toda cofia.
Ya que no aceites y mudas,
pasadas gracias adornan
lágrimas y flux los ojos,
zurrapas y pez la boca.
Todo los años lo gastan,

el tiempo todo lo asola;
¿quién ha de ver hoy ya cuervo
la que era antiyer paloma?
Al mirarla en la bayuca,
á temblar se echaron todas,
Andregüela la del Cafo,
la Chirinos y la Monda.
Sólo el Manllón, que con ella
anduvo en no sé qué historias
que hicieron que en las espaldas
les mataran unas moscas,
tuvo el valor de acercarse
hasta su excelsa persona,
en la diestra mano el jarro
y un resto de fieltro en otra,
y muy á lo comedido
le dijo: —¿De qué, señora,

se acuita la que fué un tiempo
mi regocijo y mi gloria?
—¿No he de acuitarme—Marica
contestó con ira sorda—
si veo que ya del siglo
se fué la vergüenza en postas?
Hable por mí la Rubielos,
ese colgajo de horca
que no vale, mal tasada,
del sepan cuántos la copla.
¿Por quién, no siendo por ella,
miro en pedazos mi honra,
mi buen nombre con mancilla,
manchada mi ejecutoria?
¿Qué quiere que al veinticuatro,
si me pregunta, responda
cuando á reclamarle vaya
de mi trabajo la costa?
Yo se la di por doucella,
el que él me creyó lo abona
que antes la ofreció las arras
que no palabra de bodas.
Ella se mostró cordera,
después resultó leona,
que luego, como olió carne,
diavó la garra en la bolsa.
Y antes de que el veinticuatro
cobrara de su persona,
se le alzó, según las señas,
con sus vestidos y joyas.
Aun así la perdonara.
¿Qué madre hay que na perdona?
Y no hay iza que no tenga
en mí madre cariñosa.
Pero cuando la reclamo
los relieves que me tocan,
según rezan aranceles
que ella conoce de sobra,
con lágrimas en los ojos
me confiesa la muy boba
que de todos sus provechos

el Guro la dejó monda.
¡Hay afrenta semejante!
¿Puede haber mayor deshonra
que las que eduqué en el daca
rompan á hablar por el toma?
Si ya se ofrecen de balde
las que aún de gracias blasonan,
y no hay rufo que no pida
además de hechizos doblas,
ya pueden liar el hato
cuantas de mi oficio coman,
que para dar hembra gratis
cualquier maridillo sobra.

Cuando tal cosa decía,
cariamostazada y hosca
por el corro la Rubielos
asomé la carantoña,
y aunque al pronto ante Marica
quedó convertida en gomin,
pálida como difunto
y encogida y temerosa,
sin duda porque razones
no debió hallar de más monta,
con un chapín la respuesta
iba ya á dar á la Torda,
cuando apareciendo el Guro
gritó:—¡Ténganse á la ronda!
¡Quien pueda se ponga en salvo,
que buscan no sé qué joyas!...
Y como ante el gerifalte
se desbandan las palomas,
en la antes henchida sala
sólo quedaron las moscas.
Es decir, solas no. El Guro,
desternillándose á solas,
y de lo de Algarrobillas
pidiendo unas cuantas lonjas,
se sentó cabe una mesa
diciendo con voz virosa:
—Cuando ellas por mí trabajan,
no tengo miedo á las rochas.

Angel R. Chaves.

Romanticismo trasnochado.



—Dicen que Sarah, ¡la encantadora Sarah! duerme en su propio ataúd, entre cuatro blandones encendidos... ¡Esa! ¡Esa es una mujer interesante, y no nosotras, que nos concretamos á leer los folletines de *La Correspondencia*!

El día triste.



—Tiene todo el aire de mi pobre difunta. ¡Si quisiera Dios que yo también me pareciera algo á su pobre difunto!



—En ocasiones de éstas, ¿qué tié que hacer la mujer? Yora: Y qué tié que hacer el hombre? ¡Ew/wogar las lágrimas de las mujeres!



—Si yo me muriera, ¿qué me pondrías tú en la tumba, Heliodoro?
—¡Yo! Una dedicatoria que te ibas á chupar los dedos de gusto.



—Si aquella infeliz levantara la cabeza y me viera así, ¿qué diría? ¡Que soy un indecuento, capaz de engordar con el dolor clavado en las entrañas!



El tren 18.

—¡Benicastel, un minuto!—gritó la ronca voz del empleado de la estación, y todo volvió á quedar en el más profundo silencio.

Acababa de llegar el *express* de Madrid y, como de costumbre, ningún viajero se movía de su puesto, ni asomaba ninguna cabeza por las ventanillas, ni se oía el ruido de ninguna portezuela. Benicastel era un apartadoo donde no había noticia de que jamás se hubiera apeado persona alguna. No había pueblo. La estación era una casucha sin más habitaciones que un cuarto para el telégrafo, una alcaha para el jefe y una cocina estrechísima y ahumada. Detrás de este edificio no había más que rocas peladas, al frente una pequeña loma donde crecían algunas vides tísicas y mal cuidadas, y á derecha é izquierda las bocas de dos túneles que franqueaban á la locomotora dos enormes montañas, sin vegetación, blanquecinas é inaccesibles.

Cuando llegaban trenes mixtos, en todo tiempo, y de recreo en verano, aquel lugar solitario se animaba por algunos instantes; los viajeros de tercera gritan en todas las paradas y suben y bajan de los coches en cuanto el tren tiene un momento de reposo; pero la llegada del *express* era siempre silenciosa y triste; en cuanto acababa el estrépito de los frenos automáticos y se daba la voz que encabeza estas líneas, ya no se oía allí más rumor que el del agua hirviendo de la caldera al convertirse en la tenue sangre que circulando por las venas de hierro de la locomotora le da movimiento y vida.

El día en que ocurrió lo que voy á contar era de los más lluviosos del otoño; el *express* llegaba allí, cuando no había retraso, á las cuatro y cincuenta, es decir, en plena luz del día; pero en Benicastel, por su especial situación, desde primeros de Octubre y con tiempo nublado, á las cuatro y media era de noche, y para recibir al tren núm. 18, como le llamaban los empleados, se encendían siempre los faroles de la estación.

Como de costumbre, aquella tarde, ó por mejor decir, aquella noche, el único mozo de la estación, que además era guarda barrera, apenas el *express* hizo alto se fué á situar, con la campanilla en la mano, cerca de la máquina. El jefe, después de anunciar por telégrafo la salida del tren, tomó un farol y salió á la puerta de la oficina; hizo oscilar dos veces su luz de alto abajo, y dos campanillazos dados por el mozo indicaron al maquinista que debía ponerse en marcha; pero en aquel mismo momento oyó una voz de mujer que decía agitadísima:—Espere usted, por Dios—y vió que se dirigía á uno de los últimos coches.

Como el maquinista, obedeciendo la señal, había dado el silbido reglamentario y ya se escuchaba el ruido de los frenos de vapor al soltarse, corrió el jefe en dirección de la viajera para ayudarla á subir si era tiempo, para impedirlo si era tarde. Esto fué lo que sucedió, porque aquella mujer vacilaba ante cada coche creyendo que era el suyo, y aunque quiso abalanzarse al último, el empleado la detuvo asiéndola del brazo fuertemente y exclamando:

—Ya es imposible, señora.

La viajera rompió á llorar con todas sus fuerzas; el jefe le ofreció su brazo y la condujo al cuarto del telégrafo, sin que en aquel breve camino hiciera otra cosa que sollozar amargamente. Una vez allí, y después de sentada en la única silla que había en la estación, empezaron las explicaciones.

Venía sola desde Madrid en el reservado de señoras; no había viajado nunca, y creyendo que en todas las estaciones se podrían poner telegramas, se había apeado en Benicastel para mandar un despacho á su madre, que había quedado en la corte. Apenas había andado algunos pasos, sintió la campani-

lla, quiso volver á su coche y ya no lo encontró. El jefe le pidió el billete y mostró un pase gratuito á favor de D.^a Elvira García; en una de las esquinas del documento ponía con lápiz Sr. Rodrigo. El Sr. Rodrigo era uno de los consejeros de la Compañía, y sus oficinas centrales tenían la costumbre de poner siempre en los pases gratuitos el nombre del individuo del Consejo á cuyo nombre se expedían. Precisamente el señor Rodrigo había pasado el día antes en dirección á Francia.

El lenguaje de aquella joven, porque apenas representaba veinte años—lenguaje y maneras poco conformes con la elegancia de sus atavíos,—y la fama que el Sr. Rodrigo tenía de mujeriego y conquistador hicieron surgir en la mente del empleado los pensamientos menos santos; pero aquella no era ocasión de esclarecer dudas maliciosas, y era preciso pensar dónde había de pasar la noche la viajera y esperar el mixto de la tarde siguiente, que era el primer tren de viajeros que pasaba por Benicastel, en dirección á la frontera.

El guardabarrera se ofreció á llevarla á su casa, donde su mujer le habilitaría una cama, como mejor pudiese. La barrera se hallaba á un kilómetro del apeadero, y allí estaba situada la caseta del guarda. Como no había otro remedio, Elisa aceptó, y cubierta con el capotón del jefe emprendió la caminata del kilómetro, que tenía lo menos seiscientos metros dentro del túnel. El guarda alumbraba con su farol, pero no bastaba á disipar una oscuridad horrible, densa, que hacía latir violentamente el corazón de la joven, al tiempo que un frío húmedo le entumecía las piernas. De cuando en cuando, del techo de aquella galería interminable se desprendía un hilo de agua helada, que á la luz del farol brillaba con reflejos siniestros; las sinuosidades de las paredes proyectaban sombras horribles que se encogían y agrandaban sin cesar, y un viento huracanado levantaba nubes de polvo y menudos pedazos de grava que herían el rostro de Elisa. Hubo un momento en que, llena de terror, quiso volver atrás, decidida á pasar la noche á campo raso; pero el guarda le dijo que ya estaban á la mitad del túnel, y procuró tranquilizarla con su tosco lenguaje, obligándola, además, á que se apoyase en su brazo.

El pensamiento de Elisa iba fijo en su madre; el túnel era interminable y cada vez más espantoso; momentos hubo en que sintió el impulso de ponerse de rodillas y comenzar á pedir perdón á Dios de todas sus culpas; pero el guarda la arrastraba cada vez con más fuerza y ella no se atrevía á decir que fuera más despacio, temerosa de prolongar un segundo la estancia en aquel verdadero infierno. Cerró, por último, los ojos,

y se dejó conducir perdiendo la noción del lugar y de la dirección, tiritando siempre y respirando cada vez con más dificultad por la fatiga. De repente percibió á través de los párpados un resplandor vivísimo y sintió que respiraba aire más puro; abrió los ojos y vió que acababan de salir del túnel, cuya boca estaba iluminada por la brillante y rojiza luz de un disco.



—Ya no es nada lo que falta—dijo el guarda, y con efecto, á los pocos momentos entraban en una humilde casucha, alumbrada por la grande llamarada que en uno de los rincones lamía en un enorme caldero de patatas. ¡Qué contraste con el exterior! Aquello era todo alegría. Cinco niñas, de las que la mayor apenas si tendría trece años, jugaban ó dormitaban tiradas por el suelo; la madre reía con estrepitosas carcajadas las palabras que intentaba balbuciar la más pequeñita, y al mismo tiempo revolvió el guiso con un requemado cucharón de palo.

La entrada de Elisa produjo el estupor natural entre las gentes de aquella vivienda. Las pequeñitas la miraban con verdadera estupefacción, y la madre no sabía qué actitud adoptar para recibir visita tan extraña. El guarda contó á su mujer brevemente lo ocurrido: aquella señorita iba á pasar allí la noche, y era preciso disponer la mejor cama posible. Tomasa, que así se llamaba la mujer del guarda, y que era dispuesta como pocas, se hizo cargo de la situación en seguida, y previas las excusas á que la obligaba su falta de medios en aquel desierto, acogió á la viajera con el mayor cariño; le hizo sentarse junto al fuego, y adicionó las patatas con un poco de longaniza, extraordinario que asombró á las chicas, acostumbradas á tales festines en los días de gran fiesta solamente.

El guarda volvió á la estación, donde su deber le reclamaba, y Elisa quedó allí como si toda su vida hubiese tratado á aquella pobre familia. Sentía que allí se confortaba su cuerpo y su alma juntamente; había una atmósfera caliente y honrada que la hacía experimentar un bienestar inefable.

Cuando la confianza fué mayor y las niñas empezaron á subírsele á las rodillas y á perderle todos los respetos que á la infancia impone la sorpresa, Elisa sintió el deseo de hacer una porción de preguntas.

—¿No ha tenido usted más que estas cinco hijas?

—Sí, señora—respondió la Tomasa.—Otro que se me murió de un año.

—¿Y qué jornal gana su marido?

—Diez reales.

—¿Diez reales! ¿Y tienen ustedes para vivir siete personas!

—No hay para nada; pero aquí nos las vamos apañando como Dios nos da á entender. La chica mayor sale á los trenes á vender agua, y en verano hay días que gana una peseta á perro chico la jarra; la Compañía nos ha dejado sembrar un pedazo de tierra que hay al lado de la vía, y, poco que mucho, algo se saca todos los años; luego tenemos las gallinas, que se mantienen solas por el campo, y cuando ponen, van las chicas á vender los huevos á los pueblos de aquí cerca; además, el cerdo nos da manteca y cecina para todo el año... pero no se ahorra nada, gracias que haya para comer y andar todos limpios...

Elisa escuchaba todo esto con singular atención. Aquella mujer hablaba de ahorrar aún y quizá lo haría con el tiempo. ¡Y estaba contenta, al parecer, y vivían ¡siete! con diez reales, en un despoblado donde no había recursos para buscar trabajo!

Tomasa la invitó á acostarse y ella aceptó la cama; pero se echó vestida y cerró los ojos sin sueño, sumida en una verda-

dera confusión de ideas. Poco á poco la vivienda fué quedando en silencio; cesaron las risas y los llantos de las chicas y sólo se escuchaban los pasos de Tomasa que, muy despacio y procurando no hacer el menor ruido, iba de una parte á otra arreglando muebles, limpiando el vidrioado y poniendo en orden todos los cachivaches de la cocina.

Elisa no podía dormir; el espectáculo de aquella familia le había producido una impresión honda: hubo un momento, después de pasadas dos horas, en que creyó que iba á rendirse al sueño; pero un silbido agudo y el estrépito de un tren que pasaba la despabilaron por completo. Al poco tiempo sintió que abrían la puerta de la caseta; era el guarda, que sin duda venía á descansar.

Entró muy quedito, y después de preguntar á su mujer si la viajera se había dormido, cerró con mucho cuidado la puerta de la alcoba, hasta entonces entreabierta.

—Van á hablar de mí—pensó Elisa; y se bajó de la cama con gran cuidado: acercó la cabeza á la puerta hasta pegar con ella la oreja, y esperó.

El guarda había llevado á su mujer al otro extremo de la cocina, y en voz baja entablaron este diálogo:

—Esa es una mujer mala—dijo él.

—¿Sí! ¿Cómo lo sabes? Ya me habías dado á mí mala espina.

—Pues verás: el conductor del *express* la llevaba recomendada por el Sr. Rodrigo, que es uno de los amos de la línea, y como se ha encontrado sin ella, ha avisado por telégrafo al jefe de aquí.

—¿Y por eso es una mujer mala?

—No, pero verás: como en Zarzapino está el cruce con el correo, el conductor del *express* le ha dicho al del correo que preguntara aquí por ella, y más tú lo que son las cosas, el conductor del correo vive en Madrid en la misma casa de ella, en una calle que no sé cómo se llama, y nos lo ha dicho too. Esa modista ganaba tres pesetas y mantenía á su madre con el jornal. El conductor dice que ha visto muchas veces rondando la calle al Sr. Rodrigo.

—¿Qué perra, ha abandonado á su madre!

—¡Ca! El conductor dice que ella ha hecho que se escapa de su casa, porque al Sr. Rodrigo le gusta que se escapen con él las mujeres; pero que es consentidora la madre. El la espera cerca de Francia.

—Pues ya debe ser mala gente para hacer eso... porque por necesidad no será, ganando tres pesetas.

—Es porque hay mujeres malas en sí.

—Pues si la tratamos bien, puede que ese señor te suba el jornal.

—Tú haz lo que quieras, pero ten cuidado que mañana hasta que pase el tren no hables mucho con la Gregoria, que ya tie trece años y no se debe juntar con una de esas. Ya está ahí el de las doce y cuarenta.



Elisa no oyó más porque Tomasa se lanzó fuera de la caseta con un farol encendido para indicar vía libre á un tren de mercancías.

.....
A la mañana siguiente Elisa se presentó muy pálida y con los párpados hinchados y rojizos, preguntó cuál era el primer tren que pasaba en dirección á Madrid, y se dirigió á la estación acompañada de la guardesa y sus hijas mayores. Tomasa no se atrevía á preguntar por qué regresaba á la corte, sentía cierta aversión á hablar con ella; pero ante el temor de que

aquel señor, amo de la línea, les hiciera algún daño, redoblaba sus agasajos y la seguía por el túnel.

Una vez en la estación, Elisa cortó la maliciosa sonrisa del jefe pidiéndole un billete de tercera para Madrid; allí no había billetes, pero se la autorizó para subir y tomarlo en marcha.

Pocos momentos después se detenía un tren mixto en Benicastel para esperar un cruce. Elisa se acercó a un coche, siempre silenciosa, y seguida de la familia del guarda, que no sabía qué pensar de su extraño mutismo.

Cuando se iba a hacer la señal de partir, Elisa se acercó a la guardesa, y con los ojos llenos de lágrimas dijo:

—¿Me deja usted que bese a su hija mayor?

—¡Yallo creol! ¡Anda, Gregorial!...



Elisa estrechó entre sus brazos a aquella criatura, y después de besarla cariñosamente puso un pie en el estribo é hizo que se acercara la guardesa hasta poder decirle al oído:

—Dígale usted a su marido que he besado a su hija y que he podido hacerlo porque me vuelvo a ganar las tres pesetas... Ya he aprendido que no hay miseria que justifique el viaje que intentaba.

El tren arrancó; la guardesa y sus hijas quedaron embobadas, fijas en el suelo, contemplando al mixto, que desaparecía en el túnel, cuya boca empezaba a arrojar espirales de humo blanquecino, como si se hubiese evaporado todo lo que acababa de encerrar en sus entrañas.

Emilio S. Pastor.

Á UNA BICICLISTA

Te vi ayer tan ideal montada en tu bicicleta, que me puse mal, muy mal, graciosísima y coqueta, compañera de pedales.

Tus encantos naturales, aumentando en aquel rato, causáronme efectos tales que, al fin, «perdí los pedales» y ese me fué el aparato.

(Sepa el que no se le ocurra, porque cual yo no discurre en términos *sportivos*, que es que «perdí los estribos» y que ese me fué la burra.)

Otra no encontré en mi vida que tal impresión me hiciera. ¡Qué elegante! ¡Qué hechicera! ¡Qué resuelta! ¡Qué atrevida!

¡Qué segura!... ¡Y qué ligera! Y como ninguna he visto más graciosa ni más lista, mi entusiasmo no resistió y hallo natural el pisto que tú te das en la pista.

Pero ayer... en un revuelco, vacilaste no sé cómo, dando contigo en el suelo, y... ¡oh, Dios! Corramos un velo grande como un *velo-drama*.

Nunca lo podré olvidar, pues por tu gracia sin par pude entonces comprender que en ti todo es de admirar... ¡hasta el modo de caer!

«¡Liste golpes al presentarte tan animosa y tan fuerte que daba gozo mirarte, y «liste golpes» al caer y lo diste al levantarte.

Por más que ha podido acaso avergonzarte el fracaso, diste prueba, aunque imprevista, de ser una *biciclista* que «das golpes» en todo caso.

Y yo desde ahora te digo, si me quieres por amigo y aceptas por compañero, que, como tú quieras, quiero montar en *tandem* contigo.

Para hacer a alguno el bu y que se dé a Belcebú si con tal dicha soñó, y para caerse yo siempre que te caigas tú.

Llevando bien el compás á acompañarte me obligo, así juntitos, verás cómo harás *record* conmigo, que siempre *record-arás*.

Felipe Pérez y González.

GUIARRA VIEJA Y CUERDAS NUEVAS

(COPLAS)

Si vives tú en las Vistillas y yo vivo en Chamberí y los extremos se tocan... ¿qué más podemos pedir?

Una chula le dijo á un jorobado: ¡Me pareces ovillo mal devanado! ¡Cualquiera explica! lo que el pobre giboso dijo á la chical

Ayer me echó de su casa, diciendo, la Trinidad, que muchos van á la feria por ver y no por comprar.

La furia de un celoso, dice Cupido, no es ahorracimiento, sino cariño. ¡Por eso hay muchos que parece que quieren de puro brutos!

Algún día, pajarillos, me contabais vuestro amor... pero tened por seguro que no os entendía yo.

No hay tormento más grande que la memoria,

porque pone presente pasadas glorias... y, aunque apurado, te recuerda las cuentas que no has pagado.

Si te hace el amor un calvo no vayas á enamorarte, porque luego, cuando riñas, no tendrás á qué agarrarte.

No creas al amante que estando á solas te cuente los favores que tuvo en otras, pues está visto que es todo lo que diga por darse pisto.

Siempre que miro al cangrejo me pongo á considerar... que debe estar escamado, cuando anda siempre hacia atrás.

Un pajarillo alegre picó en tu boca, pensando que tus labios eran dos rosas.

¡Y al poco rato murió el pobre, del gusto... que halló á tabaco!

Fiacro Tráyzoz.

EL TENORIO BARATO



—Mas... ¡Quevedo! el pedestal no mantiene la escultura...

(¡Redóíst! ¡Siempre no me atraviesa el quevedo éset!)

CHISMES Y CUENTOS.

¿De qué enfermedad murieron aquellos dos niños del Colegio de huérfanos de Aranjuez?

¿Lo han sabido ustedes?

Porque quedamos en que se iba á apelar á los reactivos y al microscopio y que en un par de días surgiría la verdad pura y sin mancha.

Y supongo que ya habrá surgido á estas horas. Pero han tenido la bondad de callársela los periódicos que dieron las noticias oportunamente.

No es que vayamos á morirnos de curiosidad; pero ¡caracoles! ¿para qué nos la excitán?

La prensa y el público están asombrados á una del éxito maravilloso de Sarah Bernhardt. Se hacen lenguas de su talento, de sus actitudes, de su voz, de los detalles de su ejecución, etc., etc.

Y eso que no la entienden una sola palabra.

Conque ¿qué sería si la entendieran?

Por cierto que yo, confesando que no puedo enterarme de una comedia francesa representada, renuncié á darme tono asistiendo al Teatro de la Princesa; pero he leído el argumento de *La Tosca*, de Sardou, con que hizo su debut la insigne trágica.

Y ¡perdóneme Dios! pero no creo que se pueda escribir un drama más cursi y más malo.

Quiere decirse que si el autor es español y la compañía es española, puede que el inteligente senado hubiera perdido el respeto al cadáver de Scarpiá...

Los periódicos han anunciado en pocos días las siguientes cosas:

1.^a—Que los insurrectos cubanos habían apresado un pailebot.

2.^a—Que el teniente Gallegos, que le mandaba, sería fusilado seguramente de un momento á otro, que no podría suceder otra cosa, que se esperaba el parte de haberse cumplido la sentencia, etc., etc.

3.^a—Que la esposa del citado Sr. Gallegos había perdido la razón, á consecuencia del dolor que le produjeron las anteriores nuevas.

Y 4.^a—Que el tribunal había absuelto libremente al Sr. Gallegos, por creer que no había faltado á su deber...

Ahora ¡digan ustedes que la prensa no es dátil!

Por bígamo condenó
un juez á Evaristo Urosas,
y en cuanto á Ceuta llegó
le pusieron... ¡dos esposas!

Luis Sánchez Rubio.

Yo no sé quién hizo correr las voces de que el mundo entero había quedado mudo de estupor ante el arranque viril de España, que manda á Cuba cien mil hombres en pocas semanas para ahogar de una vez y para siempre la insurrección separatista.

Porque... habrá sido verdad lo del asombro, pero mala bomba les parta á los dos Maceos si se conoce.

Al contrario, lo que resulta es que en todos los países se nos trata como cosa de poco más ó menos; en algunos, además, se celebran *meetings* y manifestaciones públicas contra nosotros, y no deja de rodar por ahí la idea del reconocimiento de la beligerancia.

¿Por qué aguantamos eso?

Al que se calla le humillan, al que grita fuerte le respetan, y me parece que estamos pecando de prudentes.

Yo que D. Antonio, me haría las consideraciones siguientes:—Pues señor, es muy fastidioso que nos hagan la guerra solapadamente en nuestra propia casa, donde hemos de perder aunque ganemos, y puesto que por ahí hay comercio floreciente, oro en abundancia y fértiles campiñas donde meter mano, y puesto que nosotros no hemos de ir á peor de ninguna manera... ¡lémonos la manta á la cabeza y echemos por la calle del medio!

Nos está haciendo muchísima falta una calaverada de las de siglos pasados... aunque nos salga mal, ¡qué demonio!

En fin, ¡con decir que hasta los japoneses, á consecuencia de haber vendido á una manada de borregos que se defendía á merengazos, nos vienen echando roncas y subiéndosenos á las barbas!

Cuando, con permiso de ustedes, los vendedores de Post-Arthur se paceren á la criada de las *Verdecillas de Papa la Frecochona*.
En que no tienen un *popiristato*.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. G. P.—Digo lo mismo que he dicho siempre al *respetar* de los diálogos chulescos. Necesitan algo de novedad y muchísima gracia para que no se hagan pesados.

Cartomancia.—Eso no es pesado solamente. Además es *patoso*.

El del álbum.—Por mi parte complaceré á usted y le recomendaré á los otros. Esas cosas no se pagan nunca. Somos tan galantes...

Montemar.—Digo á usted exactamente lo mismo que á D. M. G. P. un poco más arriba.

Robinson.—Las tres ¡ay de mí triste! son demasiado inocentes.

Uno del Ferrol.—Un poco larga es, pero voy á copiarla entera, para ver si se levanta el espíritu público. Así va:

«Noble pendon cuando miro
que en tí España se retrata
mi corazón se dilata
y de tu grandeza me admira.
Por doquiera me admiro
de verte bandera hermosa
en Lepanto victoriosa
en Trafalgar esforzada
en África afortunada
y en todas partes gloriosa.
Ante un todo continente
aun vivimos en tu gloria
guardamos en la memoria
tu gallarda tradición
allí en cara la claro Colón
con la condición expresa
que no dejen salir la presa
de las garras del león.»

Palibano.—Lo malo es que... ¡asi me parta un rayo si tiene gracia el cuento!

Sr. D. F. J. E.—Está muy bien hecho y tiene saiga y sal de veras. Pero su publicación no es oportuna. El palo es demasiado duro y demasiado personal. ¡Qué lastima! Vamos, que no me atrevo.

Sr. D. R. G.—También me veo en la dolorosa precisión de decir á usted lo mismo que á D. M. G. P. ¿Que no ve usted la firma de ningún *vitt* nuevo? ¿Pues de quién son las ciento y tantas que aparecen largo en el índice? Crea usted que se publica todo lo que nos pareció aprovechable, sea de quien quiera.

Pirron.—La carta es chispeante. Me ha hecho gracia.

Sr. D. E. G.—No puedo utilizar ninguna.

Un *vate inspirado*.—Pues... es demasiado mediana y demasiado *indistinta* candorosa.

K. Z. V.—Ese género de poesía lírica ha pasado de moda. Era del que se usaba mucho en aquellos tomos titulados *Essai del Termino*, *Ayas del Guadiana*, *Quijas*, *Suspiras*, etc., etc.

El *bachiller Sadagra*.—Factotivo el asunto y descrito con un lujo de detalles que enciende la sangre.

Sr. D. E. R.—Lo de la bicicleta se va haciendo un poco aburrido. Y como, además, en este número va algo...

Sr. D. F. J. P.—Se ve que está tocado del natural, pero el romance es tan vulgarísimo y tan pedestre...

Un *general*.—Las dos cosas son muy flojitas.

Un *desocupado*.—Que hace bien las cantares en los ratos de ocio. Peca de serio en su mayor parte. Sin embargo, si quiere enviárselos de nuevo firmados, puede que se aproveche alguno.

Si resucitara Gatenberg, hay sabio que sasteata que inventaría la imprenta por sólo doglar el *Gluten*.

LIBERALE Y CALVENTE

Fábrica: Trafalgar, 9. Venta: principales Ultramarinos.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA—TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA—MANZANARES

MADRID—Imprenta de las Artes de M. G. Hernández, Libertad, 14 sup.^a